

# CUADERNOS DE HISTORIA 63

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE - DICIEMBRE 2025: 377-399



## CLAUDIO KATZ Y LAS ESTRATEGIAS DE LA IZQUIERDA POR LA EMANCIPACIÓN DE LOS PUEBLOS: UN ITINERARIO INTELECTUAL Y POLÍTICO

*Paula Vidal\**  
*Gonzalo Durán\*\**

**RESUMEN:** Se presenta una entrevista realizada a Claudio Katz, que menciona su trayectoria política intelectual. A partir de esto, describe algunos temas de debate de la izquierda latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX; su visión acerca de la estrategia para alcanzar el poder; los fundamentos del marxismo que le constituyen y las particularidades de su teoría. En paralelo, se aborda la necesidad del pensamiento crítico marxista.

**PALABRAS CLAVES:** izquierda latinoamericana, marxismos, toma del poder, era de revoluciones o de reformas.

\* Profesora Asociada de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Santiago, Chile. Doctora en Servicio Social, Universidad Federal de Rio de Janeiro, Brasil. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-9036-3766>. Correo electrónico: pvidal@u.uchile.cl. Declaración de autoría: Conceptualización, Investigación, Metodología, Redacción – borrador original, Redacción – revisión y edición.

\*\* Profesor Asistente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Santiago, Chile. Doctor en Filosofía, especialización: Economía Política, Universidad de Duisburg-Essen, Alemania. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-6800-3599>. Correo electrónico: gonzalo.duran.s@uchile.cl. Declaración de autoría: Conceptualización, Investigación, Redacción – borrador original, Redacción – revisión y edición.

*Claudio Katz and the strategies of the left for the  
emancipation of the peoples: an intellectual and political  
itinerary*

*ABSTRACT: An interview with Claudio Katz is presented, which mentions his political-intellectual career. From this, he describes some topics of debate of the Latin American left in the second half of the twentieth century; his vision of the strategy to achieve power; the foundations of Marxism that constitute it and the particularities of its theory. At the same time, the need for Marxist critical thinking is addressed.*

*KEYWORDS:* Latin American Left, Marxism, seizure of power, era of revolutions or reforms.

Recibido: 5 de marzo de 2025

Aceptado: 12 de mayo de 2025

### *Introducción*

**H**an pasado más de 50 años de neoliberalismo en Chile y en Latinoamérica, después de frustrado el proyecto revolucionario de la Unidad Popular y de los gobiernos progresistas de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Brasil, sin contar la compleja situación que vive Cuba.

Los intelectuales marxistas latinoamericanos han acompañado estos procesos desde la reflexión como desde la participación política en este período; por ello, se hace importante revisar las historias de estos, de modo de visibilizar sus ideas e inscribirlas en los procesos históricos. Desde fines de 1960, varios jóvenes en Latinoamérica se hicieron marxistas, jóvenes que vivieron las dictaduras civiles militares en el Cono Sur y debieron sobrevivir en un escenario mundial donde el marxismo y la izquierda perdió la hegemonía. Un caso de estos fue Claudio Katz, nacido en Buenos Aires, hijo de migrantes judío-polacos y que tempranamente se hizo trotskista en la Argentina, pero teniendo claro el problema del capitalismo a escala global y el proceso histórico que le llevó a este momento.

Adentrarnos en la experiencia vivida en esta época, por Claudio Katz, su pensamiento sobre la izquierda y los procesos latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI es importante en la medida en que se recupera una visión desde la crítica de la economía política.

Claudio Katz nació en Buenos Aires, Argentina, en 1954, estudió economía en la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Geografía de la misma universidad.

Sus contribuciones están en el campo del pensamiento crítico marxista que lo ha llevado a recibir diversos reconocimientos, tanto en América Latina como en China. Actualmente es investigador de Conicet y participa en varios grupos de Trabajo de CLACSO, además de haber coordinado alguno de ellos. Es uno de los economistas marxistas más destacados de las últimas décadas, con una larga trayectoria en la reflexión crítica en la política y la academia, además de acompañar activamente la defensa de los derechos humanos. Sus publicaciones han sido traducidas al portugués, inglés y chino. Entre sus libros más destacados están: *América Latina en la Encrucijada Global* (2024); *Teoría de la Dependencia: cincuenta años después* (2019); *Bajo el Imperio del Capital* (2011), *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina* (2008) y el *El porvenir del socialismo* (2004).

A continuación, se presenta una entrevista realizada en un café de Buenos Aires, Argentina.

**Paula Vidal/Gonzalo Durán (PV/GD): Para comenzar, quisiéramos que nos cuentes de tu trayectoria y también cómo te fuiste vinculando a la militancia política y al marxismo desde Latinoamérica, qué influencias, autores y lecturas marcaron tu trayectoria y obra.**

Claudio Katz (CK): Yo creo que soy un exponente y, quizás, un producto típico de la generación latinoamericana de la década de los 70, porque empecé a militar cuando tenía 16 años, en 1970, cuando en Argentina y en América Latina había una oleada de incorporación masiva de la juventud a la lucha política revolucionaria, bajo la influencia directa de la revolución cubana. Estaba presente en forma más lejana el bolchevismo y tenía cierta influencia la revolución española. Pero lo decisivo era la figura del Che Guevara, la gestación del hombre nuevo y la batalla contra el imperialismo norteamericano. En esos años estábamos también muy impactados por la Unidad Popular, que era una experiencia cercana con varios amigos que viajaban a Chile.

En ese contexto había distintas corrientes dentro del mismo espectro revolucionario, desde el peronismo de izquierda hasta la izquierda marxista, con numerosas corrientes comunistas, trotskistas y maoístas. Yo me formé en una vertiente trotskista Política Obrera, que después se trasformó en el Partido Obrero y milité allí durante 23 años. Todos actuábamos con una idea de proximidad inmediata de la revolución. Esto era el elemento común y peculiar de ese período. Se imaginaba que, en un lapso de cinco, diez o quince años, el acontecimiento revolucionario se iba a producir y apostábamos a la victoria. Algunos sectores se inclinaban por la lucha armada, otros imaginábamos, en el caso de la Argentina, un proceso insurreccional vinculado más a la tradición

europea y, sobre todo, rusa por el enorme peso que tenía el movimiento obrero en la Argentina y el rol protagónico del proletariado en la vida social. En la izquierda y en parte del peronismo también estaba presente ese camino de la revolución.

Las lecturas de esa época eran clásicas, Marx, Engels, Lenin y también, específicas de cada grupo. En el caso nuestro Trotsky; en otros, Mao. Eran lecturas muy corrientes. Pero, al mismo tiempo, en el caso nuestro de Argentina había una relación muy estrecha con el marxismo europeo y con las novedades de ese pensamiento. En la década que comencé a militar, estaba muy presente Althusser, la escuela estructuralista francesa y también Gramsci y su incidencia en Italia y en el eurocomunismo. Todo era muy accesible porque las novedades del marxismo llegaban a las librerías de Buenos Aires casi al mismo tiempo que su edición original. Había una traducción casi instantánea, y nuestra propia ciudad era un centro de gran producción teórica y política. Circulaban muchas revistas en un mundo intelectual muy intenso fuera de las universidades.

Quizás, esa fue otra de las singularidades de mi educación política, porque el mundo académico tenía poca gravitación. La formación de todos nosotros era en el propio universo militante, en círculos de estudio, en redes de trabajo o en grupos de elaboración. Allí se creaba, procesaba y extendía una amplia variedad de ideas. El grueso de la propia vida cultural argentina se desenvolvía fuera de las instituciones. Era un mundo de cafés, de reuniones y exploraciones de todas las concepciones en boga. Ese fue mi primer período. Una militancia muy activa en el ámbito obrero estudiantil con gran proletarización de cuadros, apostando a la radicalización socialista de los trabajadores. En esa experiencia, los que veníamos de la clase media baja establecimos un vínculo de conocimiento muy estrecho con las tradiciones obreras. Yo creo que en esa época procesamos, en Argentina, una dinámica semejante a otros países latinoamericanos de empalme de las concepciones marxistas con las elaboraciones de la izquierda local. En muchos casos se logró una síntesis muy original y provechosa de esas elaboraciones.

A mediados de los 70, ese proceso quedó interrumpido por la dictadura, el terror, los desaparecidos, el exilio y la clandestinidad. A mí me tocó quedarme en el país y participar en la resistencia dura, riesgosa, pero muy estimulante e instructiva. En medio de las prohibiciones, el ocultamiento de los textos y la censura, seguimos con el estudio. Los procesos de formación no se interrumpieron y, para mí, fue el momento de una gran lectura de Marx. El dictado de un curso de *El Capital* me indujo a un estudio más serio que mi primera aproximación a esa obra.

En los 80, el fin de la dictadura fue vivido como una gran emoción y como una obvia satisfacción para los que pudimos sobrevivir a esa prueba. Pero el desemboque tuvo un sabor agridulce. Fiel a nuestro ideal revolucionario, nosotros esperamos un proceso semejante a la victoria de los Sandinistas en Nicaragua y no fue lo que ocurrió. El triunfo de Alfonsín fue la gran sorpresa con un gran inesperado correlato intelectual, porque muchos marxistas adoptaron el credo socialdemócrata e iniciaron la involución que los distanció de la izquierda. Fue un período contradictorio. Por un lado, reapareció el pensamiento marxista – ahora más afincado en las universidades y más amoldado a los patrones de la academia– y por otra parte, empezó la oleada posmarxista de rechazo al análisis de clase y de oposición al proyecto socialista.

Como en todo el mundo, la implosión de la URSS marcó un punto de inflexión, que no afectó solo a los partidos comunistas. Tuvo un impacto igualmente duro sobre las organizaciones de izquierda que apostaban a la democratización de la Unión Soviética y no al retorno del capitalismo.

En los años 90, el neoliberalismo agravó esa regresión de la izquierda, pero también indujo a replanteos políticos y teóricos de toda la generación de los 70. Muchos se adaptaron con resignación al capitalismo y otros optamos por buscar reformulaciones de la estrategia socialista, amoldadas al nuevo escenario. Este replanteo me exigió abandonar el dogmatismo y reevaluar con otra mirada las experiencias anticapitalistas.

Yo creo que en esos años estuve muy influido por el dato central que fue la continuidad de la revolución cubana. La preservación de ese proceso en los momentos más difíciles evitó el tremendo retroceso que registró el marxismo en otros lugares como, por ejemplo, Europa.

Desde el 2000 en adelante creo que desarrollé una mirada más consistente de mi óptica del socialismo. Todos mis libros y artículos emergieron desde esa fecha. Creo que tuve tres influencias claves para esa producción. La primera fue la gran rebelión del 2001, que recreó con nuevas experiencias el entusiasmo militante en Argentina. La segunda fue el impacto del chavismo en Venezuela y del MAS en Bolivia, y la tercera fue la nueva confluencia de pensadores y militantes de América Latina, en una red de producción, encuentros, grupos de trabajo y escuelas de formación. Los ámbitos de gestación de ideas son muy promisorios y se ha diversificado.

En síntesis, me parece que hay cierta continuidad en mi trabajo en los últimos años, combinando el mundo universitario con la lucha social, la intervención política a escala regional y un gran intercambio con colegas y amigos de muchas partes. El resultado es un enfoque inserto en un tipo de marxismo más

enriquecido que el previo, pero con más dificultades de aplicación que en la versión anterior.

Los sedimentos dogmáticos han perdido gravitación en mi abordaje y me parece que he podido recuperar a los mejores pensadores del marxismo, absorbiendo también las miradas fructíferas de otras teorías. En ese contexto, percibo un nuevo florecimiento del marxismo latinoamericano, en una versión que mantiene los aciertos de los 70, pero abordando problemas muy distintos al pasado.

**PV/GD: Pero profundicemos un poco más en las lecturas que marcaron tu trayectoria. ¿Cuáles autores y la importancia de la economía?**

CK: En los años '70 todos intentábamos una lectura inmediata de *El Capital* y yo no fui la excepción. Me encerraba a estudiar ese texto, con una comprensión muy limitada, pero con gran entusiasmo seguí adelante, explorando también las interpretaciones de los marxistas contemporáneos. El libro de Paul Sweezy<sup>1</sup> era un clásico y Samir Amin<sup>2</sup> me llamó rápidamente la atención. Pero el impacto más fuerte fue Ernest Mandel<sup>3</sup>. Me generó una fascinación que se prolongó y se alimentó con todos sus trabajos. Fue mi principal referente, y con esa afinidad

<sup>1</sup> Paul Marlor Sweezy es uno de los más importantes economistas marxistas norteamericanos, nació el 10 de abril de 1910 y murió el 27 de febrero de 2004, estudió economía liberal con Friedrich von Hayek y Lionel Robbins, pero también aprendió ideas políticas socialistas de Harold Laski y trabajó en su tesis doctoral bajo la supervisión de Joseph Schumpeter. Junto con su amigo Leo Huberman, fundó la revista socialista independiente *Monthly Review*, que dirigió desde 1949 hasta su jubilación efectiva en marzo de 1997. Entre sus publicaciones se encuentran “La teoría del desarrollo capitalista” (1942); junto con Paul Baran, “El capital monopolista” (1966).

<sup>2</sup> Samir Amin es uno de los más importantes economistas egipcios, además fue político, académico y escritor, nació en El Cairo el 3 de septiembre de 1931 y falleció el 12 de agosto de 2018. Fue consejero y asesor del Ministerio de Planificación en Bamako (Malí), realizó misiones a Guinea y Ghana, fue director del Instituto Africano de Desarrollo Económico y de Planificación. Se especializó en temas del Tercer Mundo, desarrollando el concepto “centro-periferia” como una explicación global de las relaciones económicas entre los países de capitalismo avanzado y los subdesarrollados, centrándose en el África negra. Sostuvo la necesidad de los países periféricos de proceder a una desconexión del mercado mundial y evitar participar en la división internacional del trabajo para hacer frente al subdesarrollo. Entre sus obras destacan “La acumulación a escala mundial” (1970), “El desarrollo desigual” (1973) y “La desconexión” (1986).

<sup>3</sup> Ernest Ezra Mandel, fue uno de los más destacados economistas marxistas, pero también fue historiador y político de nacionalidad alemana y belga. Indiscutido líder del trotskismo después de la muerte de León Trotski, nació en Alemania, el 5 de abril de 1923 y falleció el 20 de julio de 1995. Fue miembro de dirección de la IV Internacional. En 1962 publicó su primera gran obra, “Teoría económica marxista” y en 1972 publicó su obra más importante, “El capitalismo tardío”, aun cuando tiene una extensa obra.

fui siguiendo todos los debates de la economía marxista del siglo XX. Por un lado, todo lo referido a las interpretaciones de *El Capital*, con Rosdolsky, Althusser o Dobb. Posteriormente quedé muy atado a develar el sentido de las polémicas sobre la sobreproducción, el subconsumo, la tasa de ganancia, y ahí recurrió a Henryk Grossman<sup>4</sup> y todos los autores que la Editorial Pasado y Presente traducía al castellano. Las lecturas fueron incontables porque me llevaron a indagar los críticos del marxismo y leí con atención a los austriacos, a los neoclásicos y los keynesianos.

La economía tenía una gravitación muy especial en esa época sobre todos nosotros. Le asignábamos una especie de primacía, con la sensación de que el conocimiento de la economía permitía rápidamente el conocimiento de toda la sociedad, suponíamos que ahí estaba el secreto. Fue la edad de oro de la economía marxista y de la creencia que por esa vía se comprendía todo.

Luego llegué a la Universidad y me gradué de economista, pero en ese ámbito no aprendí gran cosa. Lo hice por mera obligación interna. Ese pasaje por las aulas no me aportó mucho, pero sirvió para sistematizar los conocimientos y preparar los cursos que posteriormente dicté como profesor. Ahí sí desenvolví un estudio comparativo del marxismo con la economía ortodoxa y heterodoxa que fue muy productivo. Pero esta inclinación por la economía que te describo nunca fue tan fanática. Siempre me dejaba un sabor de algo insuficiente, que me empujaba a buscar respuestas en otras ciencias sociales, especialmente la historia.

Esa fue mi otra fuente de incontables lecturas, a partir de un debate muy presente en esos años, que era la lógica de la transición del feudalismo al capitalismo. Ese proceso era indagado, discutido y estudiado en todos los detalles para encontrar claves del futuro. Viendo como fue el surgimiento y el pasaje al capitalismo, buscábamos los secretos de cómo sería la mutación al socialismo. Leí mucho, y el equivalente a Mandel en este terreno fue Perry Anderson<sup>5</sup>. Al

<sup>4</sup> Henryk Grossman fue economista e historiador germano-polaco de origen judío, nació el 4 de abril de 1881 y murió el 24 de noviembre de 1950. Entre sus obras se encuentran “La teoría de las crisis económicas” de 1919, “La ley de acumulación y el colapso del sistema capitalista” de 1929, “Los comienzos del capitalismo y la nueva moral de masas” de 1934, entre otros.

<sup>5</sup> Perry Anderson nació el 11 de septiembre de 1938, es un historiador y ensayista político inglés, especialista en historia intelectual. Se desempeñó como profesor de Historia y Sociología en la Universidad de California y fue editor de la revista *New Left Review*. Entre sus obras tenemos: “Consideraciones sobre el marxismo occidental” 1974, “Las antinomias de Antonio Gramsci” de 1978, “Transiciones de la antigüedad al feudalismo” de 1979, “Teoría política e historia. Un debate con E. P. Thompson” de 1985, “Tras las huellas del materialismo histórico” 1986, entre otras.

principio lo adopté como historiador, pero, posteriormente, como pensador general y seguí todas sus pistas desde las polémicas con EP Thompson<sup>6</sup>, hasta su abordaje de Gramsci o su mirada del marxismo occidental.

Ese interés estaba, a su vez, muy alimentado por las controversias del mismo orden que imperaban en América Latina. Yo empecé ese recorrido de muy chico con las discusiones de la historiografía argentina, que tenían un correlato político inmediato. De cada lectura de la historia nacional emergía una postura militante. Recuerdo que a los quince había que decidir una actitud frente a Juan Manuel de Rosas<sup>7</sup>, Sarmiento<sup>8</sup> o Alberdi<sup>9</sup>. Y de esa evaluación surgía un posicionamiento liberal, nacionalista, peronista o izquierda. A su vez, dentro del campo de los historiadores marxistas, los debates eran de la misma intensidad y me fascinaban las controversias entre Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos<sup>10</sup>. Yo estaba tan encandilado con esa polémica, que faltaba al colegio y me quedaba en el parque leyendo esos libros.

<sup>6</sup> Edward Palmer Thompson, conocido como E. P. Thompson, fue un historiador e intelectual británico, nació el 3 de febrero de 1924 y murió el 28 de agosto de 1993, aportó al estudio de los movimientos sociales de fines del siglo XVIII y de principios del XIX. Asimismo, él junto con Maurice Dobb, Dona Torr, Christopher Hill, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm—una de las figuras principales de historiadores marxistas británicos, quienes marcaron un nuevo paradigma en la metodología historiográfica.

<sup>7</sup> Juan Manuel José Domingo Ortiz de Rozas y López de Osornio, nació el 30 de marzo de 1793 y falleció el 14 de marzo de 1877, fue un estanciero, militar y político argentino que, en el año 1829, tras derrotar al general Juan Lavalle en la batalla de Puente de Márquez, asumió el cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires y, entre 1835 y 1852, llegó a ser el principal caudillo de la Confederación Argentina. Su influencia sobre la historia argentina fue tan grande que el período marcado por su dominio de la política nacional es conocido como la época de Rosas. De ideas federales, derrotó a los unitarios.

<sup>8</sup> Faustino Valentín Quiroga Sarmiento o Domingo Faustino, fue educador, escritor, militar y presidente, impulsor de la educación en Argentina. Fue partidario del pensamiento liberal, el constitucionalismo, contractualismo, de la democracia, de la república, de la inmigración, de la educación y del progreso. Fue uno de los padres de la Constitución argentina de 1853.

<sup>9</sup> Juan Bautista Alberdi nació el 29 de agosto de 1810 y falleció el 19 de junio de 1884, fue un abogado, jurista, economista, político, diplomático, escritor y músico argentino, también autor intelectual de la Constitución argentina de 1853. Es considerado el representante del liberalismo hispanoamericano.

<sup>10</sup> Jorge Abelardo Ramos se plegó a los primeros grupos trotskistas de Buenos Aires, como el GOR (Grupo Obrero Revolucionario), pero con la aparición del peronismo fundó el Partido Socialista de la Revolución Nacional, que pretendió convertirse en partido revolucionario del ala proletaria del peronismo. Milcíades Viriato Peña fue un historiador, político y pensador trotskista argentino, crítico con los historiadores provenientes de la izquierda que mantuvieron ilusiones con el peronismo.

Con el tiempo, salí del encierro argentino y empecé a contextualizar esos mismos debates en el mundo latinoamericano. Tomé distancia del universo europeo y de mi propio origen de padre y madre polacos, para compenetrarme con la cultura de toda la región. Comenzaron los viajes y el conocimiento de Perú, Bolivia, de Brasil, el Caribe y sobre todo Cuba y México. En estos dos últimos casos me despertó un gran interés las interpretaciones históricas de las revoluciones. Y de ahí salté a otro plano de autores que desembocó en un largo proceso de reflexión sobre la dependencia. En ese itinerario ya de los años 80 y 90, Marini<sup>11</sup> y Agustín Cueva<sup>12</sup> me abrieron caminos muy fructíferos.

**PV/GD: Uno nota en tu obra e intervenciones que siempre hay una preocupación por la lucha política concreta. Entonces ¿qué inspiró esta forma de abordar los problemas y cómo vas haciendo esa articulación teoría y lucha política?; en otras palabras ¿cuál sería la forma en la que te aproximas a los temas?**

CK: Bueno, eso es una herencia directa de la formación militante. Yo creo que es una característica común de mi generación. A todos nos quedó ese abordaje del pensamiento tan conectado con la lucha política. Nos acostumbramos a eludir reflexiones que soslayaran esa conexión. Es un hábito. Se analiza, estudia, evalúa un problema, siempre mirando su empalme con lucha política.

Es una costumbre que proviene de la militancia, porque una lectura que suscitaba reflexión era inmediatamente compartida con algún compañero y, de ese intercambio, surgían opiniones sobre la lucha en curso. Iba todo junto. Leer, subrayar y luego ir a una marcha, a una movilización o una asamblea. Para los que nos formamos en esa generación era muy extraño pensar y actuar de otra manera.

Yo estuve desde los 16 hasta los 40 años muy involucrado en la vida partidaria, de la noche a la mañana y me acostumbré a razonar en función de las tareas.

<sup>11</sup> Ruy Mauro de Araújo Marini, nació en 1932 y falleció en 1997, fue un economista y sociólogo marxista brasileño, fue parte de los fundadores de la Teoría de la Dependencia. Tras el golpe de 1964 en Brasil, se exilió en México y luego en Chile, durante el período de la Unidad Popular integró el CESO y militó en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, con el golpe de Pinochet se exilió en México.

<sup>12</sup> Agustín Cueva Dávila nació en 1937 y falleció en 1992, fue un sociólogo marxista ecuatoriano. Fue crítico de la Teoría Marxista de la Dependencia hacia finales de los años 70. Su obra propone una visión marxista de la transición latinoamericana al capitalismo a finales del siglo XIX, por la vía “junker”, plantea la teoría de la formación social en Latinoamérica como coexistencia de modos de producción, poniendo distancia con los teóricos de la dependencia.

Era el esquema de la vida partidaria: el informe, el diagnóstico, la acción, el balance de la acción y de nuevo una y otra vez. Desde entonces quedó tan incorporado que ya no puedo pensar de otra forma.

Me parece que es un rasgo de todo el marxismo latinoamericano por razones evidentes, por la gran conexión con la lucha inmediata. Pero, no es necesariamente así en otros lados. He visto el divorcio del marxismo en Europa y de Estados Unidos de esa práctica cotidiana.

Si tenemos en cuenta los economistas que leí, Sweezy, Mandel y Amin son parecidos; los tres de la misma generación y muy involucrados en la acción política; los tres razonando la teoría económica a un nivel de complejidad abstracta, pero con los pies en la tierra. Esa combinación de pensamiento abstracto y reflexión concreta me generó una identificación muy grande y, a su vez, un conflicto, porque la militancia muchas veces genera insatisfacción por la dificultad para conceptualizar lo que se hace. En mi generación había una obligación de práctica y teoría, de la praxis como una unidad constante e inmediata. No se aceptaba ningún divorcio donde uno podía ser un intelectual y otro pudiera actuar prácticamente; a lo sumo, con el tiempo se generaba una división natural de tareas, porque el tiempo que consumía la creatividad intelectual era respetado, pero siempre con un límite.

Entonces, vi que Amin, Mandel y Sweezy trabajaban en la vida política y hacían una elaboración muy consistente y profunda. Yo percibía que estaba muy alejado de alcanzar ese nivel de elaboración. Entonces intenté un rumbo de ese tipo, primero con el estudio de la economía marxista, aplicándola a los procesos latinoamericanos. Luego subí la apuesta e intenté elevar el nivel de elaboración en muchos planos, por ejemplo, respecto de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Estudié distintas opiniones, llegué a una conclusión y después postulé en qué medida se aplica o no a una economía periférica subdesarrollada y dependientes. Y esa conclusión me condujo a nuevos problemas y nuevas resoluciones con el mismo método. Pero, a su vez, también evalué las consecuencias políticas de esa reflexión. De alguna manera extendí la forma en que se razona en el mundo militante a otras áreas de interés.

Noté que ese era mi abordaje cuando estuve en la academia. Como comenté, yo milité primero; estuve fuera del mundo universitario y, por casualidades de la vida y de la dictadura, llegué a la universidad cuando ya estaba formado intelectualmente. Aprendí economía ya formado y me chocó mucho el estudio de la universidad, fue una cosa rara, porque en vez de seguir el curso natural de un estudiante que estudia en la universidad, que afronta insatisfacciones y busca respuestas fuera de esta que lo satisfaga, lo mío fue al revés. Yo ya venía con una gran formación colectiva, autodidacta, fuera de lo institucional, y al

conectarme con el modelo universitario percibí que ahí imperaba la obviedad y la simplificación.

Sin embargo, lo que aprendí de la academia y que no estaba en el mundo militante, fue la seriedad y la variedad de fuentes para un diagnóstico. No basta que uno asimile dos o tres ideas. Hay que ir más lejos, y esa fue la parte positiva del mundo académico. Me aportó la solidez de la presentación. Una vez que eso está, la segunda parte es lo que se discute. Y a mí me atrae ese plano, ¿por qué un autor dice una cosa y otro autor dice otra? y ¿por qué están en disputa? Vengo de la herencia militante que rehúye las formalidades y la mera cortesía. Bueno, eso, lo mío es una especie de mixtura de academia, investigación, militancia y política, cada esfera va corrigiendo los excesos de la otra.

**PV/GD: Hoy enfrentamos una situación mundial muy compleja debido a las derechas y ultraderechas que han llegado a varios gobiernos a escala mundial, ¿qué visión tienes acerca de ello? y ¿cuál sería la estrategia que debe tomar la izquierda para enfrentarla?**

CK: Bueno, yo creo que el avance de la derecha es el dato dominante en el mundo y, por lo tanto, también en América Latina; y acá tenemos una derecha distinta, pero emparentada con la de Europa y de Estados Unidos, que no es el fascismo clásico y que no conviene interpretarla en términos de mero populismo. Pero la prioridad de batallar contra esa derecha con una decisión, con acción por abajo, movilización popular, y la contundencia que nos legaron Chávez o Fidel y no las vacilaciones que predominan en la actualidad. Especialmente en los distintos exponentes del progresismo, que no solo incumplen las promesas de sus gobiernos permitiendo que la derecha recobre permanentemente fuerza, sino que frente a la derecha no muestran decisión. La izquierda necesita audacia, convicción y exponer con nitidez un programa y una estrategia porque no alcanza simplemente con luchar. Hemos tenido una oleada de revueltas recientes, del 2019 en adelante, en varios países que doblegaron gobiernos neoliberales y la restauración conservadora volvió a tomar fuerza, lo que quiere decir que no alcanza solamente con una lucha exitosa, sino que la izquierda tiene que conquistar autoridad suficiente como para, más allá de la resistencia, lograr consolidar un proyecto con basamentos sólidos. Frente a una derecha que expone con tanto descaro que es lo que quiere hacer, se necesita que la izquierda exponga su proyecto anticapitalista, antiimperialista y de transformación social.

Yo comparto con un amplio sector de la izquierda una estrategia que se amolda a nuestros tiempos, que es ganar el gobierno y comenzar a disputar el poder. Ganar el gobierno por vía electoral y disputar el poder militar, mediático, económico, judicial en una larga batalla.

La primera idea clave es que gobierno y poder no son lo mismo, y la conquista del gobierno es apenas un pequeño eslabón de la disputa por el poder. Pero el primer paso es consolidar ese arribo al gobierno y, desde el gobierno, generar una transformación democrática integral del sistema político, para que los ciudadanos conquisten un verdadero poder de decisión, con experiencias de asambleas constituyentes democráticas como vimos en Venezuela, como vimos en Bolivia y donde esta transformación esté sostenida y motorizada por un poder popular construido desde abajo, que sea paralelo al sistema institucional.

Es necesario llegar al gobierno a través de las elecciones, pero creando un sostén de movilización extra institucional, enlazado con el proyecto institucional, porque, si la lucha social solo se desenvuelve en los términos acotados que permite la institucionalidad, el proyecto de la izquierda no podrá avanzar. Puede llegar al gobierno, pero no podrá disputar el poder sin romper ese marco restrictivo de la institucionalidad vigente y desde allí la disputa por el poder; tendrá temporalidades distintas y la clave es el control rápido y contundente del sistema político, la batalla por los medios de comunicación para desenvolver una transformación económica que no será inmediata, que tendrá distintos escalones. Tenemos que aprender mucho de experiencias importantes en América Latina, Bolivia o internacionales como China, que nos dan ciertas pautas de por dónde transitar procesos de transformación y desarrollo.

Esta estrategia que estoy planteándote difiere sustancialmente de la estrategia socialista predominante en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX, que era una estrategia que contraponía la lucha armada en términos de guerra popular prolongada o procesos insurreccionales contrapuestos al camino parlamentario al socialismo, esto era lo que se discutía en las últimas décadas del siglo pasado, la guerrilla, insurrección o parlamento, como instancias contrapuestas.

Yo creo que ese contrapunto tradicional ha cambiado; estamos en un escenario muy distinto a esa época que impone estrategias distintas, y la pregunta es ¿por qué tenemos que recurrir a una estrategia distinta a ese período?, y la respuesta es por el cambio de escenario en tres planos. El primer cambio central es que estamos en un período de ofensiva capitalista, de flexibilización del trabajo, de destrucción de las conquistas populares frente a las cuales no hay respuestas revolucionarias por parte de las masas, como las que existieron en el siglo XX, pero sí importantes rebeliones. No hay mera agresión sin respuestas. Hay rebeliones y revueltas que se distinguen de la revolución, porque no incluyen construcciones paralelas al Estado con formas de poder popular y desenlaces militares, como ocurrió en Cuba o Nicaragua. Ahora tenemos rebeliones del tipo que vimos en Bolivia, Ecuador, Argentina o Chile y ese tipo de sublevaciones nos inducen a pensar estrategias de la izquierda que se amolden a ese contexto.

Y ese marco incluye el segundo dato que es la regresión en la conciencia socialista. Muchos teóricos han estudiado lo que han denominado nivel de conciencia socialista media en las distintas generaciones. Desde la revolución rusa, y a lo largo de todo el siglo XX, una generación transmitió a otra un tipo de ese legado socialista a partir de su propia experiencia y bajo el impacto de las nuevas revoluciones, que alimentaban ese acervo socialista. Hubo una generación que se nutrió del bolchevismo, otra que se forjó por lo ocurrido en Vietnam, Yugoslavia, China y Cuba. Eran generaciones que absorbían modalidades diferenciadas de la misma trayectoria de la conciencia socialista, hasta el colapso de la Unión Soviética en el mundo y fin del proceso sandinista en Nicaragua en nuestra región. Ahí se produjo un quiebre de lo que algunos autores llaman la conciencia transmitida de una generación a otra. Por lo tanto, nos encontramos con ese legado que está sustancialmente deteriorado.

En tercer lugar, se ha generalizado en gran parte del mundo el modelo constitucional con infinitas variantes. Y, cualquiera sea el tipo de crisis o rebelión, los procesos políticos tienden a desembocar en alguna nueva variedad de elecciones, con alguna modalidad de institucionalidad. En un marco político muy distinto al que imperó en la época dictatorial de Batista, Videla o Pinochet. Y ese cambio también es otro elemento que refuerza una estrategia de llegar al gobierno y disputar el poder.

Esta política presupone un cambio de temporalidades. En el modelo anterior eran lapsos cortos y se concebía una dinámica simultánea de gobierno de los trabajadores, captura del Estado y transformación de la sociedad, en lapsos relativamente acotados. La nueva estrategia implica apuntar a temporalidades mucho más prolongadas, donde gobierno, Estado y sociedad se van transformando en un prolongado proceso de mutación socialista.

La estrategia que estoy describiendo entraña una reconceptualización de la dialéctica que conecta a la reforma con la revolución. La oposición entre ambas instancias debe quedar atrás, porque correspondió a otro momento y generó muchos equívocos. Yo creo que Lenin, Luxemburg, Trotsky o Gramsci no veían contraposiciones, sino complementariedades entre la reforma y la revolución. Son procesos conectados donde la reforma permite afianzar la confianza popular en sus propias fuerzas mediante conquistas, que provienen de la lucha y no de concesiones estatales. El sujeto popular es el artífice de esos logros y nadie puede anticipar cuántas y cuáles serán las reformas compatibles e incompatibles con el capitalismo. Ese interrogante quedará zanjado en la propia lucha. Hay reformas que son muy pequeñas, pero hacer estallar un sistema y otras que son muy profundas y pueden ser absorbidas por el orden vigente. En gran medida depende de la época. Es muy distinto un escenario keynesiano que otro neoliberal. Tampoco sabemos con antelación cuáles son los procesos de

reforma que pueden desembocar en dinámicas revolucionarias que, a su vez, alimentarían nuevas reformas.

**PV/GD: En un nivel de discusión teórica al respecto, tú señales algunas de las fuentes del marxismo, de las que hay que nutrirse para entender estos elementos que nos has mencionado, en esos encuentras en Lenin, Kautsky, Austromarxismo, Gramsci, Poulantzas, Mandel o Trotsky, pero ¿qué aspectos podrías señalar que dan cuenta de un tipo de lectura que haces sobre estos referentes?**

CK: Yo creo que las estrategias de la izquierda tienen que basarse en los teóricos del marxismo, y me parece que hay varios muy relevantes, porque nos brindan pistas para la estrategia que te mencioné. Por lejos, el más importante de todos, el número uno es Lenin, porque es el autor de las categorías, los conceptos de la ciencia política revolucionaria en el plano inmediato y estratégico. Lenin aporta los fundamentos para analizar coyunturas y relaciones de fuerza con la mirada del análisis concreto de la situación concreta. Yo creo que todos utilizamos ese legado, sin tener conciencia que proviene del líder bolchevique. Y lo que debemos retomar con más intensidad es a ese Lenin vivo y militante y no al embalsamado por la ortodoxia de la Unión Soviética, que fue transformado en legitimador de un régimen burocrático. Más nocivo es el Lenin académico, light, que observamos en algunos *papers* universitarios o el Lenin dogmático fuera de tiempo y lugar de pequeños grupos políticos.

¿Qué nos dice Lenin para la estrategia que estamos conversando? Como es un teórico de la acción, nos recuerda que las victorias del pueblo solo emergen de la lucha popular. Y Lenin razona con una gran confianza en la fuerza de las masas para desarrollar grandes transformaciones. Por esa razón es hoy en día el principal referente para la batalla contra la derecha. Nos legó la idea que para luchar contra los fascistas y los reaccionarios necesitamos audacia, acción en las calles y confrontación en las urnas, precisando cual es el enemigo principal y organizando la unidad de acción contra ese adversario central. Es lo que él desarrolló como concepto en la época del golpe de Kornilov<sup>13</sup> contra el gobierno de Kerensky<sup>14</sup>. Ahí sentó las bases para una estrategia perdurable

<sup>13</sup> Lavr Georgievich Kornilov fue un militar ruso zarista puesto al mando del Ejército ruso por el gobierno Alexander Kerensky, intentó entonces dar un golpe de Estado, marchando con sus tropas sobre Petrogrado en 1917, pero fracasó.

<sup>14</sup> Alexandre Fiódorovich Kerensky fue ministro de justicia y de guerra del gobierno provisional de Lvov; después de la caída de la monarquía zarista y en junio de 1917 fue nombrado jefe del gobierno hasta el triunfo de la revolución bolchevique en noviembre de ese año.

de lucha contra la derecha. Fue también el artífice del principio de radicalizar procesos políticos para avanzar hacia el socialismo y él lo practicó en la lucha contra los liberales y contra los mencheviques en Rusia. Es lo mismo que nosotros hacemos cuando batallamos contra un progresismo *light* y vacilante, que no se atreve a introducir verdaderas transformaciones. Tan solo las enuncia, y nosotros, desde la izquierda, batallamos contra esa adaptación, apuntalando procesos de radicalización, sin callar y sin adaptarnos.

Lenin nos legó también el principio de apuntalar un proceso transformador, defenderlo en forma prioritaria y sin ninguna vacilación. Él no tendría ninguna duda de la actitud a adoptar frente a las agresiones imperiales contra Cuba y Venezuela. Primero la defensa de ambos procesos y, luego, se discute todo lo demás. Esta postura es el ABC de la política socialista y debemos aplicarla con la contundencia de Lenin. Por eso el líder bolchevique fue el gran emblema de la izquierda en la época de Fidel y del Che, y por eso había tanta identidad entre esas tres figuras.

Pero Lenin actuó y pensó en una era revolucionaria, y nosotros atravesamos un período muy alejado de esa tónica. La pregunta sería ¿qué nos aporta el gran dirigente comunista para una época no revolucionaria? Y mi respuesta es: Lenin nos brinda pistas para actuar con flexibilidad política para amoldar y conectar los dos escenarios. Cuando Lenin notó, al cabo de varios intentos, que el modelo bolchevique no cuajaba en Europa Occidental, desenvolvió esa importante polémica contra el infantilismo<sup>15</sup>, para demostrar la inconveniencia de extrapolar en forma mecánica el esquema de los soviets del bolchevismo. Convocó a buscar caminos propios en Europa Occidental diferentes al modelo ruso. Y es una gran enseñanza para nosotros. El gran sustento de la transformación revolucionaria eran los soviets y, en nuestro caso, asumieron formas muy variadas de poder popular, que no debe ser contrapuesto al camino institucional.

Lenin le dio muchas vueltas al tema, en un momento apostaba al rumbo de la Asamblea Constituyente, y cuando aparecieron los soviets, los concibió como el pilar de la futura democracia. Después observó otras posibilidades y fue también muy flexible con la variedad de sujetos. Él no dudaba que el proletariado industrial era la cabeza de la revolución, pero empezó a ver, por ejemplo, que el proletariado inglés incluía fuertes segmentos contrapuestos a esa radicalización y evitó el endiosamiento de la clase obrera. Tampoco dudó en notar que los oprimidos de Asia empezaban a tener un rol protagónico y, quizás, sustitutivo del proletariado europeo. Y aunque Lenin construyó un

<sup>15</sup> Se refiere a “La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo” publicado en 1920.

partido bolchevique basado en el centralismo y en la clandestinidad frente la persecución del zarismo, sabía que lo fundamental de la organización no era la estructura en sí misma. Postuló que el partido genera un proceso útil al transformar la conciencia económico-social en conciencia política, y esa fue su gran batalla. Es el mismo rumbo que corresponde retomar hoy, contra las tesis autonomistas que imaginan que la mutación espontánea y por sí misma de lucha social en conciencia política.

Y nosotros necesitamos de Lenin, partidos o movimientos que se adapten a nuestra época para desenvolver una conciencia revolucionaria que no emerge espontáneamente. Lenin es el pilar y, quizás, resultaba suficiente en la década de 1970; pero hoy ya no. Necesitamos complementarlo con otros autores.

Un segundo autor que me parece importante revisar fue, paradójicamente, el gran enemigo de Lenin desde la revolución rusa, y ese pensador es Kautsky<sup>16</sup>. Recordemos que fue el ídolo de Lenin hasta 1910, cuando era la referencia de toda la socialdemocracia internacional por su batalla contra Bernstein<sup>17</sup>; sin embargo, cuando Kautsky desconoce y ataca la revolución rusa, Lenin escribe contra el renegado Kautsky. ¿Por qué renegado? Porque antes formó parte de la propia familia y luego se transformó en un traidor. Ese Kautsky, previo a 1910 y su capitulación, es interesante y podríamos retomar la pista de todos los autores que no contraponen Lenin-Kautsky post 1917, sino a los que recuerdan la convergencia Lenin-Kautsky pre-1910.

¿Qué nos brinda ese Kautsky? Un modelo relevante para épocas no revolucionarias, donde se registra un peso muy grande de la institucionalidad parlamentario-constitucional. Frente a ese escenario promueve un programa muy radical para llegar al gobierno y, a partir de allí, fomentar las milicias obreras y planificar la economía de inmediato. Propone un programa socialista, que él

<sup>16</sup> Karl Kautsky nació en Praga en 1854 y murió en Amsterdam en 1938. Estudió historia, economía y filosofía en la Universidad de Viena. En 1875 se afilió al Partido Social Demócrata austriaco hasta 1917. Desde 1885 a 1890 colaboró con Engels. Fue el más destacado pensador marxista de la Segunda Internacional entre 1889 y 1914. Dirigió la *Die Neue Zeit*, primera revista marxista a ser publicada sistemáticamente desde 1884. Su libro *El camino para el poder*, publicado en 1909 fue su última obra aceptada por la mayoría de las corrientes del marxismo; después fue atacado a partir de la controversia que sostuvo con Rosa Luxemburgo. Kautsky criticó a los bolcheviques, se opuso a la dictadura del proletariado y apoyó a la democracia parlamentaria, lo que llevó a ser rotulado por Lenin como el “renegado”.

<sup>17</sup> Eduard Bernstein, nació en Berlín en 1850 y falleció en 1932, conoció a Marx y Engels en 1880. Fue amigo de Engels en Londres y en el mismo período mantuvo contacto con los socialistas fabianos. En la obra *Los presupuestos del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Bernstein pone en cuestión varias ideas marxistas y se vuelve la obra principal del revisionismo clásico.

llamaba “el camino al poder”, pero llegando al gobierno por la vía electoral. ¿Por qué razón ese rumbo? Lo plantea por la gran incidencia que tenía esa institucionalidad sobre la conciencia del obrero alemán, francés o inglés. Y ese Kautsky nos aporta elementos, ya no para Estados Unidos, Francia o Alemania, sino también para América Latina, donde la institucionalidad ha penetrado en la estructura general de la sociedad.

Pero si profundizamos ese tema hay un tercer tipo de autores muy gravitantes, que son los ubicados entre Kautsky y Lenin, un importante grupo de pensadores como Otto Bauer de la corriente denominada “Austromarxismo”<sup>18</sup>. Se los denominó también la Internacional dos y media, porque estaba ahí entre la tercera y la segunda y porque hicieron una experiencia muy fructífera en Austria. Primero, en el plano municipal durante la experiencia de Viena Roja<sup>19</sup>, que fue el antecedente de Porto Alegre y de otras municipalidades de izquierdas en América Latina. Allí se planteó el problema: participar o no en gobiernos socialdemócratas; es decir, lo que actualmente llamaríamos progresistas o quizás radicales. ¿Qué tipo de presencia debe tener la izquierda revolucionaria en esas administraciones? Esa gran pregunta tiene respuestas muy variadas según cada coyuntura y tipo de gobierno, y para zanjar ese dilema tenemos que recoger la herencia teórica de los austromarxistas.

Lo interesante de ellos fue la concepción que desenvolvieron en la década de 1920 y 1930 para evaluar la combinación de parlamento y consejos. Desarrollaron un modelo de transformación social basado en llegar al gobierno a través de las elecciones y sostenerlo en soviets. Yo creo que esa experiencia es clave frente al escenario actual de Venezuela, que es el laboratorio más importante para indagar hoy potenciales dinámicas socialistas. Está emergiendo con fuerza un modelo que combina el distanciamiento por arriba de la estructura política convencional, junto al resurgimiento de las comunas como sostén popular del proceso bolivariano. Yo percibo en esa combinación parentescos con el modelo austromarxista.

<sup>18</sup> Referencia a una generación de marxistas que, sin ser homogéneos, eran partidarios de desarrollar una teoría política situada entre la socialdemocracia y el leninismo, aceptando las diversas maneras de llegar al poder, ya sea vía reformas o revolución. Max Adler, Otto Bauer y Rudolf Hilferding son algunos de sus exponentes.

<sup>19</sup> Fue el nombre dado a la capital de Austria entre los años 1918 y 1934, mientras el Partido Socialdemócrata de los trabajadores de Austria tuvo el control político sobre Viena después de ganar las elecciones. En este tiempo se implementaron políticas culturales, de vivienda social, planes de estudio en las escuelas, todo con el fin de mejorar las condiciones de vida de los y las trabajadoras y el pueblo.

Esa tradición desarrolló, además, una importante conceptualización de la violencia defensiva como respuesta a la agresión de las clases dominantes; y debemos retomar ese legado para saber cuál fue el límite del austromarxismo, porque devino en una corriente vacilante, que Lenin observaba con resquemor.

Un cuarto teórico de nuestro fundamento es Gramsci<sup>20</sup> porque, en mi opinión, lo que él aportó fueron los conceptos de largo plazo que Lenin formuló en el corto plazo; es decir, lo que para Lenin era el análisis de las situaciones revolucionarias, para Gramsci era la evaluación de las crisis orgánicas. Para Lenin el epicentro era la captura del poder y, para Gramsci, el eje de la acción política era una estrategia de desgaste diferente al planteo de derrocamiento, en la medida que introduce el largo plazo, con una óptica convergente y no opuesta a Lenin. Lo que hace en esa famosa distinción entre Oriente y Occidente, distinguiendo al Estado de la sociedad en ambas instancias, considerando temporalidades de la transformación social igualmente distintas; por lo tanto, nos aportó conceptos muy retomados por el marxismo contemporáneo.

La estrategia leninista que tenía aplicabilidad visible en los años 60 y 70 del siglo XX en muchos países de la periferia se ha tornado más compleja en la actualidad y, por eso, Gramsci recupera centralidad en fórmulas de convergencia con la política leninista. Remarco mi total distancia de las distorsiones que terminaron amoldando a Gramsci a las miradas socialdemócratas. No es el Gramsci que retomo; al contrario, estoy postulando el Gramsci que se adapta en la era actual al espíritu de Lenin.

Y en esa trayectoria, un quinto teórico que me parece relevante es Poulantzas<sup>21</sup> porque, a diferencia de los cuatro clásicos que te señalé, es un pensador contemporáneo. No fue un actor de principios del siglo XX, sino un teórico de la década de 1970 que se ubicó en el eurocomunismo de izquierda, que sintetiza a Gramsci con Lenin frente al eurocomunismo de derecha que había transformado a Gramsci en un socialdemócrata contrapuesto a Lenin. Poulantzas militó y observó lo ocurrido en Francia, Portugal y Grecia, y formuló a partir de esas experiencias un programa para la izquierda que se aproximaba al gobierno y

<sup>20</sup> Antonio Gramsci, nació en Cerdeña en 1891 y falleció en Roma en 1937. Fue un intelectual, político, sociólogo, periodista y filósofo marxista italiano; ingresó al Partido Socialista Italiano en 1913. Respecto de la Revolución de Octubre, Gramsci la saludó como un gran evento histórico y, en 1921, ayudó a fundar el Partido Comunista Italiano. En 1926, Gramsci fue preso por el régimen de Mussolini y condenado a prisión por más de 20 años, y es donde escribe su obra teórica: *Los Cuadernos de la Cárcel*.

<sup>21</sup> Nicos Poulantzas, nació en Grecia en 1936 y murió en Francia en 1979, sociólogo marxista, vinculado al marxismo estructuralista. Sus aportes están en la teoría del Estado y en la política, también en el análisis histórico del fascismo.

debía llegar al poder. Desarrolla un pensamiento muy sofisticado en estrecha conexión con una teoría del Estado como pilar de ese proyecto político. Y en América Latina, hay una gran absorción de Poulantzas, puesto que es la región donde su modelo se aplica como mayor consistencia que en cualquier otro lugar.

Yo rescató su presentación de un campo de batalla dentro de la institucionalidad, sostenida en la de movilización extraparlamentaria de las masas, para apuntalar luchas sociales y triunfos electorales en forma combinada, junto a transformaciones fuera del Estado y dentro del Estado. Y en este último ámbito resulta clave saber qué porción del Estado corresponde a la esfera estatal y cuál a la esfera pública, donde hay conquistas y donde opera el mecanismo de opresión. Es una lucha desde afuera y desde adentro del Estado, en una síntesis que adopta formas muy variadas en cada país y circunstancia.

Un sexto autor relevante es Mandel, no solo por su extraordinaria contribución teórica como uno de los principales intérpretes de la economía capitalista de postguerra, sino porque tiene un costado muy singular. Se opuso a Poulantzas y escribió contra el eurocomunismo desde la mirada bolchevique tradicional, pero comenzó a reconsiderar este enfoque luego de la implosión de la Unión Soviética. Ahí captó rápidamente la presencia de una nueva era y no solo él, sino también todos sus compañeros de Liga Comunista Revolucionaria francesa<sup>22</sup>, con teóricos como Bensaïd<sup>23</sup>, que entre los años 2000 y 2010, desarrollaron en forma muy detallada y consistente toda esta dinámica de reformas no reformistas, en la interrelación que te expuse al principio.

El séptimo teórico es Trotsky<sup>24</sup>, del cual recojo la idea de lucha socialista como un proceso de radicalización. Es un viejo concepto de muchos pensadores marxistas, pero Trotsky lo formuló en un forma muy específica y radical. Su tesis de la revolución permanente destaca que en los países subdesarrollados, las metas democráticas, antiimperialistas, nacionales, agrarias por las cuales se hace una revolución, solo pueden alcanzarse si se inscriben en un acelerado proceso de transformación socialista. Ese elemento de Trotsky es interesante y tuvo importantes aplicaciones en el siglo XX, pero debe ser significativamente reformulado en la actualidad. Es un concepto con muchos baches tanto para los países desarrollados, como para los más empobrecidos. Tampoco registra

<sup>22</sup> Partido Político Trotskista de la sección francesa de la Cuarta Internacional, fundado en 1930.

<sup>23</sup> Daniel Bensaïd, nació en Francia en 1946 y falleció en 2010, uno de los importantes intelectuales marxistas trotskistas.

<sup>24</sup> León Trotsky, nació en Ucrania en 1879 y falleció el México en 1940, político, intelectual y revolucionario ruso. En 1938 fundó la Cuarta Internacional. Innumerables obras se ubican en el Archivo Marxista de Internet.

la dinámica de la revolución pasiva de Gramsci, que emerge con el fracaso de un proceso revolucionario y con la acción de la propia burguesía consumando transformaciones desde arriba y no desde abajo. La dinámica histórica tiene esa complejidad. No se verifica el ultimátum de transformación socialista o nada o el supuesto de mero estancamiento. Trotsky tampoco nos dice demasiado de las relaciones de fuerza y dinámicas de poder, pero señala el principio clave de la radicalización de los procesos político como norma de la política de izquierda.

Hay un segundo planteo de Trotsky sobre el programa de transición, que es un programa que él formuló en la entreguerra, como conjunto de medidas muy radicales. Postuló la nacionalización de los bancos y del comercio exterior, la reducción radical de la jornada de trabajo, la distribución de las horas de trabajo entre los obreros. Eran varias ideas entendidas como un puente, entre lo que demandan los trabajadores y lo que rechazan los capitalistas. De ese choque dedujo el avance hacia la revolución. El problema es que Trotsky formuló ese programa de transición, en la entreguerra, en una era de catástrofe donde la burguesía no concedía nada y ahora estamos en una era neoliberal, en la que ese dilema no está resuelto. La burguesía puede o no conceder, no lo sabemos. Por otro lado, el puente hacia la revolución no es un puente, es un largo tránsito que exige llegar al gobierno y disputar el poder. Trotsky no aporta líneas de acción para ese rumbo, pero nos dejó el espíritu y la radicalidad para avanzar por ese camino.

Y, finalmente, te diría que hay un amplio espectro de autores que tienen el mérito de hacer esa aplicación de Poulantzas, Gramsci o Lenin para los procesos latinoamericanos concretos. Algunos optan por fórmulas muy interesantes como etapas jacobino-leninistas, con variedad de caminos para llegar al gobierno y desenvolver batallas en el parlamento y en los medios de comunicación para imponer la redistribución de los recursos públicos y cambios sustanciales en las formas de propiedad.

**PV/GD: Este planteamiento que nos estás haciendo, dentro del debate de los marxismos, sus polémicas y controversias, ¿cuál es (cuales son) la matriz mariana o marxista en la que inscribirías tu elaboración?**

CK: Bueno, esa inscripción supone definir afinidades en la controversia entre el marxismo de tradición científica y la vertiente opuesta asociada con el legado historicista. En el primer caso se asigna primacía a las fuerzas productivas, se prioriza la gravitación de la economía, y en el segundo prevalece la dinámica de la lucha de clases. Son los dos polos más extremos de un amplio espectro intermedio que incluye posturas estructuralistas, realistas, constructivista y subjetivistas. La mirada que expuse sintoniza con los autores que han buscado

una síntesis entre el científicismo y el historicismo, aunque entiendo que asumo una convergencia más inclinada hacia el historicismo. En lugar de un estricto modelo de Base–superestructura, me inclino por la idea de una codeterminación simultánea, como postuló Ellen Meiksins Wood, pero sin perder de vista la dinámica objetiva del desenvolvimiento capitalista. Comparto la mirada de todos los autores que destacan cómo actuamos condicionados por la economía, pero determinados por la lucha de clases. Las fuerzas productivas definen escenarios que la batalla social dirime.

Yo sitúo mi enfoque en la tradición del marxismo latinoamericano, que presenta una nítida influencia historicista, que fue madurando al calor de la revolución cubana y la consiguiente gravitación del sujeto en la transformación revolucionaria, en contraposición a la ortodoxia de los viejos Partidos Comunistas, que razonaban con el foco puesto en las fuerzas productivas, con una obsesión mecánica por definir qué procesos impulsan o frenan ese desenvolvimiento, omitiendo la centralidad de los protagonistas, los actores y las clases populares.

Mi enfoque se inscribe en ese legado que realizó la existencia de una época revolucionaria y la incidencia de la voluntad y la acción de los sujetos, con especial hincapié en la conciencia socialista. Pero, igualmente, abordo ese enfoque con prevenciones y cuidados. Cuando postulo llegar al gobierno y disputar el poder, realzo el protagonismo popular, pero, al mismo tiempo, remarco que los márgenes de esa acción, los fuertes condicionamientos que imponen las restricciones objetivas en la tradición del científico. Los cambios deben ajustarse a la condición periférica, subdesarrollada y dependiente de América Latina, y ese reconocimiento clave supone política de reindustrialización, atención al crecimiento y políticas económicas muy combinadas de redistribución del ingreso con la prioridad de una fuerte expansión del PBI, apuntalando la productividad. Y la misma mixtura se extiende a desenvolver una geopolítica de economías frágiles, donde hay que resistir a Estados Unidos, negociar con China y apuntalar la unidad latinoamericana. ¿Y por qué tenemos que buscar esos compromisos? Porque hay condicionamientos y no podemos avanzar al ritmo que más nos gustaría para construir una sociedad de plena igualdad. En este abordaje que resalta los condicionamientos objetivos me distancio mucho del subjetivismo de Holloway<sup>25</sup>. La divergencia no radica solo en el erróneo supuesto político de cambiar el mundo sin tomar el poder. Hay una diferencia más conceptual del tipo de marxismo seleccionado para interpretar y transformar la realidad. Es el que registra la incidencia de las fuerzas productivas como

<sup>25</sup> John Holloway nació en Irlanda en 1947, es un sociólogo, abogado y politólogo del marxismo autónomo, cercano al Zapatismo en México.

determinantes del capitalismo dependiente y de los consiguientes caminos para superar la degradación económica de América Latina.

Pero no utilizo de ninguna manera ese reconocimiento para postular la resignación o el inmovilismo del progresismo, que suele argumentar la imposibilidad de cambiar la realidad por el estatus periférico de la región. Contra ese fatalismo retomo la centralidad que Lenin, Gramsci y Trotsky asignan a la lucha popular un rol clave como instrumento de cualquier transformación de la realidad.

También en la combinación de Parlamento y Comunas, instituciones y poder desde abajo que estoy propiciando, hay una síntesis subyacente de tradición científica e historicismo. La restricción que imponen el escenario político constitucional se conecta con el primer legado y la mutación que genera la autoorganización popular que se asocia con la segunda herencia.

Yo introduje este problema metodológico en mi último libro sobre el imperialismo, luego de estudiar los debates sobre el abordaje de esta temática con una, dos o tres lógicas. En la teoría tradicional se decía que la dinámica del imperialismo queda esclarecida con la simple reflexión de una lógica económica determinante y que debemos actualizar las famosas cinco características del escrito de Lenin sobre la primacía del capital financiero y el perfil del comercio exterior. Pero, luego muchos autores, empezando por Arrighi, destacaron la insuficiencia de esa mirada poniendo de relieve que el imperialismo solo es comprensible en la órbita geopolítica. Objetaron muy bien el instrumentalismo economicista. Sin embargo, a mí me pareció importante completar ese avance, señalando la gravitación de la dominación y la resistencia, porque el imperialismo apunta esencialmente a derrotar revoluciones y neutralizar la acción del sujeto popular. Son tres lógicas combinadas que implican un tipo de abordaje inspirado en la síntesis del historicismo con el científicismo. Ese empalme tiene otras consecuencias importantes para la forma en que observo el capitalismo actual, el declive de Estados Unidos y la emergencia de China.

En síntesis, creo que participo de la síntesis de tradiciones científicas y humanistas, superando las contraposiciones de otra época. El primer legado tuvo una deformación positivista y un razonamiento simplificado que miraba el desenvolvimiento de la sociedad con patrones predeterminados y supuestos fatalistas. La segunda herencia perdió el norte con la idealización del sujeto y el desconocimiento de los límites que imponen las condiciones objetivas a cada proyecto político. La superación de ambas distorsiones permite encontrar nuevos caminos para lograr el empalme de teoría y práctica que ambicionamos todos los socialistas.

**PV/GD: Muchas gracias, Claudio, por esta entrevista. Seguiremos adentrándonos en tu pensamiento en otras.**

*Bibliografía*

KATZ, CLAUDIO, *América Latina en la Encrucijada Global*, Buenos Aires, Batalla de las Ideas, 2024.

KATZ, CLAUDIO, *Teoría de la Dependencia, cincuenta años después*, Buenos Aires, Batalla de las Ideas, 2019.

KATZ, CLAUDIO, *Bajo el Imperio del Capital*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2011.

KATZ, CLAUDIO, *Las disyuntivas de la Izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2008.

KATZ, CLAUDIO, *El Porvenir del Socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta – Imago Mundi, 2004.

